

textos tecnología

liturgias de ingravidez, *Salamandra*, nº 11-12, Madrid, 2001-2002
Ignacio Castro Rey, Madrid Octubre 2001.

El ala, el tornillo o la rueda son la expresión de un lenguaje dinámico. Además, siguiendo la gramática intrínseca a la época moderna (las Luces han dejado atrás la lenta piedra, el hierro de la Edad Media), de la época del motor mecánico a la de la comunicación electrónica despegamos entre nosotros una progresiva ingravidez[1]. Desde las especulaciones científicas y la ficción del siglo pasado, tal vez el espacio esté ideado para acabar con los espacios reales del hombre, para analizar la tierra en una enorme dinámica que borre el ser del lugar, la necesidad de estar en algún lado particular, situado por el *daimon* de la finitud. De ser esto así, "el espacio" no sería nada precisamente espacial: de hecho, no tiene cuerpos, ni pesos, ni lugares, sino que está más bien diseñado en abstracto (coordenadas, dimensiones), con el modelo puro de la cronología lineal. El nuevo imaginario representa en realidad el fin de la idea de un Viejo Mundo, de cualquier Finisterre. Ya no hay confín, pues todo es orbital, sin fin. El viaje espacial le ha puesto fin a todo límite, en una nueva frontera donde no hay vecinos, ni enemigos (¿se especula con la vida extraterrestre buscando precisamente el incentivo y el referente de alguna confrontación?). En cualquier caso, la carrera espacial no tiene tanto la meta de buscar vida fuera como el de mantener aquí la tensión *hacia afuera*, hacia una ensoñación que nos libre de la pesadilla que es para nosotros el giro incesante de los seres y las estaciones, el regreso de un anciano enigma inescrutable[2].

Del mismo modo que la imaginación occidental está preparada para el enfrentamiento con un enemigo global (los comunistas, los marcianos, el peligro amarillo, el Islam), y no con el demonio de la existencia, quizá por eso mismo sueña con una *guerra de las galaxias* que, adaptada a la escala de la vida individual, le libre del enfrentamiento con la mudez de la existencia, con *la más silenciosa de todas las horas* (Nietzsche). Toda la aventura espacial, en última instancia, no tendría sentido sin entender las relaciones con la tierra de un modo bélico. De una voluntad militar, la de la guerra fría, hemos pasado a otra, la de los conflictos regionales y locales: la de nuestra cruzada mundial contra el terrorismo y también la de nuestros asesinatos selectivos en Chechenia, en Belgrado, en Gaza y en todo el mundo[3]. Es decir, de la confrontación mundial que era el modelo bélico-civil de los años cincuenta y sesenta a éste, donde la cruzada se libra contra un enemigo intersticial, vírico, terrorista, *durmiente*. Cualquier secta, cualquier nación, cualquier individuo puede ser el enemigo número uno y eso exige una red de vigilancia extrema, las 24 horas del día[4]. El GPS y el Galileo, combinados, inaugurarán un nuevo determinismo mundial del movimiento, la determinación (usando simplemente la telefonía móvil) de la posición para todo individuo, vehículo, tren, avión o barco. En última instancia, sin que esto se llegue a decir nunca así, se presiente que de donde mana el peligro para el nuevo orden mundial es de la misma vida, de una existencia cualquiera que se resiste a la globalización[5].

Técnica espacial hacia afuera, expandida en un planetario grandioso, y peligro terrorífico hacia dentro, hacia la cercanía terrenal (los virus, el terrorismo, el crimen, los inmigrantes), son pautas complementarias de nuestra movilización planetaria. Se trata de los dos lados de una lógica mundial que exige un progresivo alejamiento de la nuda inmediatez, de la cultura de los sentidos, casi una clonación gradual de la especie. Era previsible entonces que algo así como una nave espacial acabase resultando una figura modélica de nuestra mentalidad aislativa y aseguradora. Protegida en un medio hostil, la nave recorre autosuficiente su órbita. Disparada hacia adelante en el camino seguro de una trayectoria numerada, se comunica con el cosmos desde su higiénica distancia. Hace tiempo que el astronauta aparece en realidad como arquetipo del *homo atomicus* conectado. Ingrávido e infinitamente cableado en su aislamiento, este viajero permanente sin raíces es emblema de la pérdida de arraigo en el locus terreno. Por eso mismo, por su naturaleza profundamente artificial ante la elemental proximidad que le rodea, igual que un satélite artificial, el cosmonauta está dotado de un enorme potencial comunicativo hacia la lejana abstracción del punto espacial que sea.

Anagrama del hombre ideal de los países avanzados, el astronauta se presenta rodeado de un peligroso desierto por todos lados. Según McLuhan (y esto lo dice con una mezcla de fascinación e ironía, con la ambigüedad crítica que le caracteriza), la gravedad del orbe antiguo ya comenzó a desaparecer con el advenimiento del telégrafo[6]. Poco a poco el hombre corporativo que surge de la técnica acepta la *pecera* como su hábitat natural. Y es evidente que, en esta dirección, el satélite artificial completará el proceso de liberar al hombre, física y psíquicamente, de la superficie terrestre. El *Sputnik*, al rodear el planeta, lo convirtió todo él en un objeto de producción y de reproducción, permitiendo que una objetualización sin precedentes envolviese el hábitat de los hombres[7]. El satélite artificial que gira desde los años cincuenta en torno a la tierra compone una suerte de reloj global que convierte al planeta entero en una esfera de medición. Se trata del ensayo de un automatismo universal donde el hombre, lejos de la materia que calla, encuentre su hábitat entre máquinas complejas.

Como ha recordado Baudrillard, la inflación implícita al sistema informativo (las cifras de la deuda del Tercer Mundo, de la bomba demográfica, de las muertes violentas por minuto en nuestra grandes urbes) está ligada a toda la lógica espacial[8]. De alguna manera, los satélites artificiales son el modelo *orbital* de todo lo espectacular que circula, que debe circular sin fin... para que nunca se compruebe su inanidad. Los artefactos espaciales son el arquetipo de la circulación infinita de una nueva mercancía, intrínsecamente informativa, que se ha independizado y ha generado un mundo nuevo, autorreferencial, librado de todo referente[9]. Las cifras de la deuda, del paro, del número de muertos en carretera o de los niños reventados por hambre, toda clase de estadísticas vinculadas al mundo de la información, exorbitadas, conservan finalmente el mundo como estaba, induciendo en el ciudadano medio pasividad, una completa delegación en los nuevos especialistas. En síntesis, tienen una función básicamente política y formativa, la de mantener la mirada fija en la heteronomía protectora que se encarna en las pantallas, en el escenario global y su elite de expertos.

Una vez más, el ideal de la *separación* anima el magnetismo ingravido y distante del satélite artificial, solo y conectado con el universo, capaz de fotografiar cualquier superficie en una vigilancia incesante. Al fin se logra poner nuestra esencia fuera, en una figura azulada que promete la levitación, liberarnos de la sucia naturaleza terrenal. Ahora, en la época planetaria, es la entera Tierra viviente lo que se nos pretende escamotear y es su *doble metafísico* lo que se nos desvela progresivamente. En el orden de un simulacro que debe ser general en el terreno del ocio, alimentando así a la sacrosanta economía especulativa, el Mal se habría convertido, pura y simplemente, en la presencia real, en lo real que aún se cuele eventualmente entre la multitud de los sistemas analógicos y digitales (al menos desde Hitchcock, todo un amplio género de terror vive de esa posible irrupción). El Bien consistiría en superar esa atrasada inmediatez, en erradicarla o corromperla[10].

Escapamos desesperadamente de nuestro suelo, que nos liga a la comunidad de los seres mortales, por medio de estos astros extraños, simulados, que recorren órbitas siderales. El hombre pone un hijo de sus delirios de grandeza en el firmamento, un artificio admitido entre los sublimes cuerpos celestes. Acaso con la idea de que algún día lo Alto también sea nuestro, un cielo de soles obedientes, sin secreto. De esta manera conseguiríamos elevar nuestro desconsolado afán de seguridad hasta el mismo cenit. La carrera de venganza "platónica" que señalaba Nietzsche, la alienación que escandalizaba a Marx, la separación del dolor que denunciaban Jünger y Heidegger, encuentran su culminación en el esfuerzo sofisticado de la aventura espacial. Se reconstruye con ella un perfil angélico del racismo crónico de Occidente, ahora despreciando suavemente a los que han quedado atrás, a la cohorte de atrasados y no conectados de este mundo. En este sentido, cuando se comenta que la situación dantesca del continente africano, azotado por toda clase de plagas heredadas del Primer Mundo (desde el sida a los regímenes militares, de la sequía a las rivalidades tribales), es exactamente la imagen gemela e invertida de nuestro confort aeroespacial, se está poniendo el dedo en una llaga imposible de curar.

Si Heidegger ha mostrado que la esencia de la técnica no es técnica, asimismo podría mostrarse que no es económica la esencia de la economía. En este caso parece obvio que sólo un sueño metafísico de poder sobre la tierra (como en las pirámides de Egipto, pero ahora sin la figura de un Dios impenetrable al que entregarse) puede guiar y justificar el gasto gigantesco que supone la aventura

espacial. Tal empresa, junto con sus ribetes neo-trascendentes, aparece guiada por una pretensión universal de "nihilismo" (falso, puesto que está obsesivamente guiado por la fe en una meta suprasensible) que quiere escapar a la gravedad terrenal, hacernos extranjeros a ella y a los límites locales, especulando con la superioridad de una *raza ingrávida*. Todo esto nos debe librar de ese *algo* que siempre ha incomodado a la ética sectaria que da origen al capitalismo, algo incierto y entrelazado con lo telúrico, con el sentimiento, con la fijeza y el peso, con la profunda hermandad de las cosas en el ciclo del tiempo[11]. De este modo, lo que sin duda tiene sus raíces en el cristianismo acaba siendo una rebelión en toda regla contra cualquier resto de cristianismo primitivo, cualquier fraternidad o sentimentalismo religioso que espere algo del prójimo desconocido[12]. ¿Toda esta última tecno-ideología del siglo no es en realidad un anticristianismo, una religión de la *desencarnación*?

"Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad", exclama Neil Armstrong al pisar la espléndida desolación lunar el 21 de julio de 1969. Como si el hombre técnico, olvidándose de un origen cercano a la pobreza de las pequeñas criaturas, necesitase enfrentarse a los efectos especiales de lo sideral para volver a creer en algo, en una especie de Ser Supremo alcanzable por la escalada técnica. Quizá incluso contaminar la naturaleza y hacerla insufrible, hacer peligrosas las calles, hacer problemática la relación humana y el sexo, sean parte de un plan ciego (no imputable precisamente a *nadie*) para acentuar el deseo de huida espacial. Ciertamente, sin una satanización previa de la sucia cercanía no se puede vender el ideal del aislamiento tecnológico y el tele-contacto con la límpida lejanía. Igual que antes ocurrió con la emigración del siglo XVIII, la Luna y Marte serán pronto nuestra renacida América, Nuevo Mundo para el experimento de *divorcio* de toda relación afectiva y directa[13]. Es necesario el ideal de abolir la muerte en estrellas lejanas, de abolir también la comunidad de los mortales en aras de la ultraconexión entre seres ingrávidos. Vista así, en contra de cierta fe postmoderna, la ruidosa y sucia dureza industrial habría preparado la limpia digitalización post-industrial. Ésta sería prolongación de aquella.

Por principio, con los últimos medios técnicos es el hombre quien se sobredimensiona y es el mundo el que achica sus límites. La tecnología *punta* funciona a la manera de una gran prótesis social que talla la existencia, que esculpe en la tierra la vida de la humanidad elegida. Por eso se ha dicho con frecuencia que la técnica es una suerte de religión minimalista, un integrismo convertido en esquema[14]. Si las propiedades del anciano Dios (ubicuidad, inmaterialidad, persistencia, actualidad) parece adquirirlas el nuevo espacio virtual, la aventura espacial semeja después querer darle una *cabeza* ecuménica a todo ese gigantesco andamiaje. Aunque haya de carecer de rostro (su meta es la desfiguración, por así decirlo, la *desrostrización*), busca finalmente una efigie visible y humana para la red mundial de las comunicaciones, esto es, para la dialéctica universal del aislamiento-comunicación.

Por supuesto que no debemos obviar entre los móviles de la carrera espacial, antes y después de la guerra fría, la pura necesidad de elevar símbolos, de levantar estandartes en la liza entre naciones que pugnan por liderar el orden mundial. En este aspecto, acaso no esté de más recordar que uno de los móviles de la aventura espacial es que la bandera norteamericana (después de que se adelantasen los soviéticos) ondee definitivamente *más alta* en la competencia internacional, a la vista de todos[15]. Esto es vital, aunque después de la caída del Muro haya de hacerse al precio de concesiones "multiculturales", por ejemplo, hacia la participación europea. Aquí valdría aquella repetida afirmación de Marx donde se criticaba como *ideología*, puesta al servicio del oscurecimiento de una inasimilable condición real, aquello grandioso que se pone en el cielo de la lejanía. En este caso, cuanto más *sinfónica* es la superestructura planetaria, más habría que sospechar de la miseria de la infraestructura cotidiana que rodea a lo hombres. En una versión humanista de esta pérdida, el escritor Saramago recordaba hace poco que es más fácil llegar a Marte que al corazón de las personas cercanas.

Con la alta tecnología, ¿no se busca la asepsia ingrávida de lo espacial *en la tierra*, masivamente y a bajo costo por habitante, con unos arriesgados experimentos siderales que sólo jugarían el papel de modelo, ejemplarizante e inalcanzable? Quizá el fin de la coreografía espacial sea enseñarnos a vivir aquí abajo igual que seres *flotantes*, aislados y multicableados. Por lo pronto, con los viajes interplanetarios se trata de diseñar un espectáculo que permita *mirar lejos*, apartar la mirada de aquí, del escenario común (y hoy en día peligroso, se dice) del encuentro físico. Este es el significado último de la aventura espacial, lo

que justifica los desorbitados gastos, no unos resultados "científicos" absolutamente dudosos para la existencia diaria. La inversión en la nave Mir (por parte de un país arruinado como la Rusia actual) o en la *Mars Global Surveyor*, las excursiones por Marte con el vehículo *Pathfinder*, y ese drama intermitente de la aventura espacial (tan cinematográfico y rentable para los estadounidenses: recordemos en particular los incidentes de *Apollo 13*[16]), es mantenernos en vilo con las miradas dirigidas hacia arriba, hacia el poder de elevación de la alta tecnología.

Bajo este prisma, en palabras de Nietzsche, el plan aeroespacial no significa otra cosa que prolongar la *venganza* occidental sobre el atraso de la tierra. Aunque ahora con grandiosas encantaciones metafísicas. La potencia técnica de la telecomunicación proviene de una impotencia patética, casi enternecedora, de la nueva humanidad ante la vieja muerte, ante el significado de una finitud que para la modernidad es terrible, pues en ella no cabe progreso. La infantilización de una humanidad espectacular, que necesita juguetes a gran escala que le distraigan de una existencia que le resulta extraña, es una parte neurálgica del combustible espacial. De manera que, al fin, los logros globales del sistema permitirían el milagro de unir a Marx y a Stirner, a Nietzsche, Heidegger y Deleuze en una sola carcajada, una misma ironía crítica.

Que en la actualidad se alíen los dos macro-estados clásicos del planeta, con la mirada atenta de China, volcados desde hace décadas en el gigantismo espectacular, manifiesta la unidad de fondo que, por encima de cualquier muro ideológico, siempre mantuvo el *bloque* de la época moderna en esta empresa[17]. Obviamente, tiene el dominio mundial quien sea capaz de poner aire por medio y separarse fuera, arriba, a ningún sitio, a lo "espacial". Entre otros, ya Heidegger había adelantado la eficacia mundial en *lanegación de la proximidad*: "La provocación total a la tierra para asegurarse su dominio tan sólo puede conseguirse ocupando una última posición fuera de la tierra desde la cual ejercer el control sobre ella"[18]. Es, en resumidas cuentas, el famoso tema del punto de apoyo que pedía Galileo para mover el mundo, aunque hoy con la distancia sideral que exige un planeta que está globalizado y, en realidad, harto de sí mismo.

La atmósfera irrespirable de la Luna o Marte se adecua muy bien a nuestro ideal de *aislamiento interactivo*, justificando la consumación de toda clase de medidas técnicas contra una posible relación desnuda con la materia. Aquellos dos astros sirven muy bien para simbolizar el perfil de un exterior terrenal cada día más inhóspito e irrespirable. Lugares silenciosos y desiertos, sin oxígeno ni agua, sin vida vegetal ni animal... sin rastro de vida inteligente (como si hubiera que confirmar de una vez para siempre que, por contraste, sí existe vida inteligente entre nosotros). Por si esto no bastase, con la carrera espacial el antiguo cielo aparece al fin como nuestro arrabal, contaminado con restos humanos y chatarra cósmica, señalando la fuerza irrefutable de nuestro poderío. Después de polucionar la tierra, la labor de conquista y destrucción debe extenderse al espacio, midiendo el confín allí donde no ha llegado ningún instrumento antes fabricado por el hombre para efectuar mediciones. En este aspecto, la carrera espacial es paralela de la huida cibernética y biológica hacia lo "micro", extremos sofisticados donde parecemos querer librarnos de las dimensiones comunes de la finitud[19].

En la carrera espacial, expandida en la gran pantalla de la información, todo son signos. La imagen de una inteligencia humana enfrentada al silencio inerte de Marte o Venus reproduce la obsesión típicamente angloamericana de un pensamiento situado ante la *tabula rasa* de los sentidos. En un caso y en otro, el hombre blanco de la democracia industrial (también blanca) es el que debe construir un mundo desde cero, sin ninguna herencia que compartir con la vieja humanidad no desarrollada, sin nada espiritual que le sea revelado desde atrás. Murena comenta que para poder iniciar en 1957 la aventura sobrehumana de salir fuera de la tierra hubo que apelar a lo subhumano: "la humanidad se había mirado a sí misma a través de los ojos de un perro". La mirada del empirismo científico, de este nuevo paulovismo planetario, es la mirada del perro. Símbolo de un regreso del hombre a un automatismo instintivo (a una alianza de la inteligencia con la hostilidad al espíritu, diría Adorno) los cobayas animales anuncian entonces que lo que giraba en el espacio era el ocaso de la singularidad, un largo eclipse del espíritu humano. En efecto, empequeñecer a la persona singular (*Einzelne*) en beneficio de las grandes corporaciones (*Deep blue* contra Kasparov) es el sentido inmediato del gigantismo atómico o espacial. Frente a tal empresa, ¿qué sentido tiene el esfuerzo de un solo hombre anónimo en un arrabal de la

tierra?[20]

En este desierto nihilista es donde el cohete estratosférico permite alcanzar la velocidad de escape de la atmósfera (28.000 Km/h) y poner en órbita a un individuo. Pero es toda nuestra velocidad social la que busca esa levitación giratoria, pues ya alcanzamos una *órbita en la cercanía* cuando la velocidad nos rodea, sin descanso: en la automoción, en la publicidad y el consumo, en las imágenes aceleradas de la televisión, en las comunicaciones. La velocidad más y más aumentada (sólo parece tener el tope de la luz) es en realidad nuestra forma de encierro, de igual manera que el consumo es nuestra forma masiva de control. La calma soberana de los lugares naturales, con la autoridad de *parada* que imponían, hoy casi solamente la observamos, con horror, en caso de accidente, de detención imprevista de nuestra marcha. Así, la "muerte de la geografía" y del simple viaje está servida. La travesía solitaria del Atlántico y otras aventuras preparadas para el libro de récords, es una confirmación televisiva del viaje que ya no hace nadie, pues la inmensa mayoría lo contempla desde sus sillones.

Anunciadas vacaciones en hoteles de la Luna (una conocida cadena alemana de televisión llegó a ofrecerlo como premio en su concurso estrella) especulan con posibilidades fantásticas de escape del escenario natal de la gravedad, de cualquier memoria de una hermandad en la finitud. Tal vez no sea mala fe volver a relacionar esto con la impotencia puritana de Norteamérica (nación experta en grandes migraciones) para todo lo que huele a Viejo Mundo, a tragedia de los límites. La cápsula enviada hace años al espacio intersideral con los testimonios de la "cultura humana" (música de Bach, fotografías de Liz Taylor, etc.) indica que todo eso, precisamente mezclado y empaquetado por el archivo norteamericano, se considera periclitado. Cada vez que escuchamos a Fukuyama o a Negroponte, con ese conmovedor afán liberal por superar pragmática o lúdicamente todo aquello donde se insinúe una dura dualidad, no dejamos de ver también en ellos un permanente viaje espacial. En última instancia, el ansiado "fin de la historia", buscando en realidad el final de la indiferencia trágica de la naturaleza ante cualquier *cultura*, no deja de lograr una justa explicación de esta aburrida aventura por un espacio uniforme, deshabitado y silencioso.

Sin duda se prepararán tripulaciones capaces de llegar y hasta residir en Marte (después de un viaje de siete meses), incluso de hacerlo pronto en estaciones orbitales, pues el refugio previo de la actual existencia urbana lo facilita[21]. De hecho, el navegante de Internet, el conductor anónimo, el comunicante de la línea erótica, el desconocido vecino del que sospechamos se aproximan a una naturaleza alienígena. También ellos son extraños, separados, peligrosos o excitantes, igual que el propio cosmonauta[22]. Un repaso detallado de las fotos lunares de la NASA en los años setenta muestra, enfrascado en incomprensibles tareas y recorriendo un paisaje desolado, la inquietante silueta de un ser humano irreconocible, convertido en un silencioso extraterrestre, inexpresivo, sin lenguaje ni rostro. Pero también el turista occidental que recorre los barrios de Estambul es una especie de marciano, igual que el soldado que aterriza en Afganistán, o el equipo de periodistas que recorre una región pobre. Como los españoles a caballo ante los aztecas, en todos estos casos la indumentaria, el utillaje técnico y el lenguaje incomprensible son una palanca de poder, los instrumentos propios de una embajada de mando.

La exuberante mitología acerca de la vida cósmica es en primer lugar el paso consecuente de un proceso secular de elevación y despegue. Resulta evidente que la fiebre que produce la soledad contemporánea, el aislamiento existencial característico de este umbral tecnológico del milenio, es lo que recrea esa alucinación del *contacto* con seres fantásticos (es sabido que a fuerza de mirar febrilmente las paredes se llegan a distinguir caras espectrales). La aversión a la proximidad, al contacto terrenal con el prójimo, *portador* de todo género de peligros, alimenta sin cesar la necesidad de una distancia sideral y su batería de contactos en "tercera fase".

Esto, por más que los 8.000 millones de años-luz (es sólo una cifra dentro de los compromisos mediáticos de la ciencia) que nos separan de los primeros planetas acaso habitables sean más que suficientes para ratificar nuestra soledad en el universo. Tal certeza resumen una soledad del ser que, con el correlato de una abrumadora responsabilidad, esta época no puede admitir. Es más, el sistema imaginario de estas décadas utiliza a su favor la incertidumbre informativa para especular sin término con

la huida hacia delante, también con la posibilidad de una aparición marciana. En todo caso, habida cuenta de que el formidable despegue técnico permite separarnos del presente desnudo, grabarlo y retomarlo electrónicamente, haciéndonos casi extraterrestres en la vieja comunidad terrena[23], es posible que busquemos en la hipotética existencia "inteligente" de la lejanía cósmica la confirmación, insidiosamente puritana, de que nuestro ser siempre ha estado lejos, arriba. De una u otra manera, toda la mitología espacial funciona al insinuar que la vida, en este último Nuevo Mundo, es ya extraterrestre. No tanto por poder residir en el espacio como por no tener residencia fija, ni límite ni raíces[24].

En paralelo a los avances de la biogenética, las elucubraciones sobre la vida cósmica desconocida no dejan de buscar un Otro clónico de nuestro ideal técnico, en menoscabo del prójimo terrenal y cercano, que nos asusta con su mundo atrasado, su enigmática pobreza. Tal vez no es casual que la eternidad cibernética, con su blando correlato musical, sea uno de los temas culturales recurrentes mientras la presencia real del orbe físico se disuelve entre nosotros... o queda relegada a las vacaciones exóticas. Nos encontramos en el extremo de una cuestionada carrera de distanciamiento, de progreso y separación con respecto al resto de la tierra. Pero ahora somos premiados porque resulta que allí, en el borde del aislamiento técnico, al fin *hay alguien*. Y no sólo un ser cualquiera, sino uno superior, dotado de unas supuestas cualidades raciales que de hecho confirman el modelo tecnológico de la elite terrenal. Ciertamente, el astronauta o el especialista espacial, símbolos a su vez de la humanidad desarrollada, serían los *mediums* naturales con estos nuevos seres.

En la mitología extraterrestre, los ovnis no dejan de manifestar la necesidad de una inteligencia desconocida, angelical o terrorífica, pero situada *delante*, en el extremo de la lanzadera técnica, como flamante "zanahoria" reservada al avance del mundo occidental. Resaltado por un enorme auge de la literatura de ficción en cine, cómics y novelas, la vida cósmica desconocida señala la necesidad imperiosa de ensoñación y relato para una sociedad sometida al orden, en el fondo muy aburrido, del más implacable pragmatismo. De igual modo que los dibujos animados nos hacen soñar con la idea de que lo inanimado y los animales puedan hacer compañía al hombre, inyectando sueños de cálido encuentro en el aislamiento de la nevera postindustrial, así el desierto nihilista del hombre se puebla de luces planetarias.

El sueño normalizador de la razón resucita todos los monstruos. Como el monstruo del lago Ness, los *ovni* nacen del aburrimiento general de las sociedades normalizadas. La falta de vínculo interno con el espíritu de las cosas, la consiguiente vigilancia general, hace aparecer como fantástico, en un sentido terrorífico o maravilloso, cualquier *objeto no identificado*. Y esa voluntad cinagética de la información no puede cesar: en el plano de una vigilancia mundial, para su suerte o su desgracia, cualquier ser no identificado corre el riesgo de ser *marcado* en las pantallas. Se busca vida en el espacio para confirmar sideralmente el aislamiento, lo ingravido de nuestra cotidianidad, para normalizar y premiar el hecho de que en décadas de progreso tecno-económico hayamos conseguido aplastar nuestra alma, ignorar por completo una comunidad humana no económica.

El extraterrestre, al igual que los ángeles que resurgen en el imaginario actual norteamericano, es así una figura híbrida gemela del clónico[25]. Sin padres y solos, desarraigados del pasado ancestral, conectados a una inteligencia limpia de pasado (como los "replicantes" de *Blade Runner*), unos y otros quieren arrancar al hombre contemporáneo del roce con la vieja alma de la vida singular. Estamos más solos que nunca en este bienestar autista en el que hemos conseguido instalarnos, por eso querríamos encontrar seres de una inteligencia extraordinaria, una sobrehumanidad que confirme en el cosmos nuestra carrera (ya que la subhumanidad que hemos dejado atrás calla o incluso nos mira con odio). Nos librarían así definitivamente de tener que afrontar el *retorno* al ser de la finitud, a esa silenciosa y polvorienta condición que era, atrás, ley de la tierra. Si en el caso de Nietzsche se trataba de un superhombre que lo es, dejando atrás lo "demasiado humano" de la "venganza", porque regresa al sentido de la tierra, en este otro caso el astronauta simboliza a una sobrehumanidad que quiere más bien *asegurarse* el no regreso, el despegue definitivo de las condiciones iniciales. Buscando el día perpetuo de las órbitas, se busca eliminar todo posible ocaso.

1. Progresiva. Por tanto, no creemos que tenga razón Vattimo frente a Adorno o Heidegger cuando cree ver en el cambio del motor de explosión a la cibernética una diferencia sustancial de lógica que invalidaría la base de la crítica radical y permitiría confiar en las posibilidades emancipatorias de las nuevas tecnologías. Ver Gianni Vattimo, "Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?", *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990, p. 80.

2. "(...) el corazón del hombre, que ahora, cuando levantaba la vista hacia el firmamento, contemplaba un objeto salido de sus manos. La inmediata reacción, expresada bajo el impulso del momento, era de alivio ante el primer 'paso de la victoria del hombre sobre la prisión terrena'. Y esta extraña afirmación, lejos de ser un error de algún periodista norteamericano, inconscientemente era el eco de una extraordinaria frase que, hace más de veinte años, se esculpó en el obelisco fúnebre de uno de los grandes científicos rusos: 'La humanidad no permanecerá atada para siempre a la Tierra' (...) aunque los cristianos se han referido a la Tierra como un valle de lágrimas y los filósofos han considerado su propio cuerpo como una prisión de la mente o del alma, nadie en la historia de la humanidad ha concebido la Tierra como cárcel del cuerpo humano ni ha mostrado tal ansia para ir literalmente de aquí a la Luna. La emancipación y secularización de la Edad Moderna, que comenzó con un desvío, no necesariamente de Dios, sino de un dios que era el Padre de los hombres en el cielo, ¿ha de terminar con un repudio todavía más ominoso de una Tierra que fue la Madre de todas las criaturas vivientes bajo el firmamento? (...) Desde hace algún tiempo, los esfuerzos de los científicos se están encaminando a producir vida también 'artificial', a cortar el último lazo que sitúa al hombre entre los hijos de la naturaleza. El mismo deseo de escapar de la prisión de la Tierra se manifiesta en el intento de crear vida en el tubo de ensayo, de mezclar 'plasma de germen congelado perteneciente a personas de demostrada habilidad en el microscopio a fin de producir seres humanos superiores', y de 'alterar su tamaño, aspecto y función'; y sospecho que dicho deseo de escapar de la condición humana subraya también la esperanza de prolongar la vida humana más allá del límite de los cien años". Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 14-15.

3. "El desarrollo de un sistema de defensa contra misiles balísticos hará nuestro mundo más seguro", comenta recientemente Bush. Conectando con el espíritu de *guerra* de las galaxias de su correligionario R. Reagan, George Bush afirma que para proteger su territorio, sus fuerzas militares en el extranjero y sus aliados europeos y asiáticos, EEUU construirá un escudo contra misiles de largo alcance (NMD), aunque ello obligue a anular o alterar el tratado ABM suscrito en 1972 con la Unión Soviética. Bush señaló que la materialización del NMD es "una cuestión de liderazgo". El paradigma de la guerra fría y de la disuasión nuclear ya no debe guiar las estructuras de defensa de EEUU: un sistema más flexible, polarizado por un enemigo multilateral, permite eliminar más de la mitad de las 7.200 cabezas nucleares, cancelar las misiones nucleares de los bombarderos B-2 y B-52 y reducir el papel de los submarinos Trident y la fuerza de misiles balísticos intercontinentales. En el 2004 se plantea la construcción de un escudo antimisiles con un sistema de radares y sistemas de interceptación en mar, tierra y aire, situados en varias zonas del planeta. El Pentágono también recibirá fondos para investigar un sistema espacial de interceptación con rayos láser (la llamada *guerra* de las galaxias). El imaginario escudo final protegería de ataques con misiles de largo alcance el territorio USA, sus fuerzas en el extranjero y países aliados como Israel, la OTAN, Japón o Taiwan. Si el sistema de Clinton basado en Alaska costaba unos 60.000 millones de dólares, el de Bush puede situarse en cientos de miles de millones de dólares. Todo esto, mientras millones de norteamericanos carecen de la más mínima cobertura social o sanitaria. Está claro que toda la ópera espacial, incluso en su versión civil, es una cuestión de poder, de liderazgo mundial. Y esta importancia simbólica de la protección espacial apenas se ve socavada por el hecho de que, después del 11-S, se sospeche de la eficacia real de toda la tecnología ante un peligro que anida en otro lado, en el fondo *durmiente* que hemos dejado atrás, en una olvidada cercanía que ahora es ya potencialmente terrorista.

4. Aquí entra en escena el proyecto Galileo, con un coste total de 3.500 millones de euros (más 220 millones anuales de mantenimiento): previsto para 2006-2008, es un sistema global de navegación (parecido al GPS norteamericano y al GLONASS ruso, concebidos en los 70 con fines militares) que consiste en una constelación de 30 satélites de nueva generación (27 operativos y tres en reserva, seis más que el GPS) en tres órbitas circulares en torno a la tierra a 23.616 kilómetros. Durante las 24, con buen o mal tiempo, los satélites lanzan una señal de radio codificada constante que es recogida y analizada por los receptores en tierra. Midiendo el tiempo de demora en llegar la señal hasta él, el receptor de Galileo calcula la distancia que lo separa de cuatro satélites. El punto de intersección de tres distancias, más una cuarta para la altura, brindará una posición precisa. El usuario conocerá en tiempo real su posición exacta en el planeta, expresada en latitud, longitud y altura con un margen de error de 5 metros (mucho menos, centímetros, si el servicio es especial, de pago). Las funciones van desde localizar vehículos robados (incluso si están en un garaje), buscar itinerarios más convenientes y menos congestionados, controlar la velocidad del tráfico, guiar a los conductores trenes o barcos con mayor precisión, optimizar el tráfico aéreo hasta controlar el medio ambiente... Incluso en caso de accidente el sistema podrá avisar a la asistencia en carretera y a las compañías de seguros. Los fines en principio son civiles (con dos niveles, de mayor o menor precisión, gratuito o de pago), pero naturalmente se reserva una frecuencia especial para usos militares.

5. Agamben ha insistido en que la "singularidad cualsea" es el último enemigo del estado mundial. Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*, Pre-Textos, Valencia, 1996, pp. 54-55.
6. Marshall McLuhan y B. R. Powers, *La aldea global*, Gedisa, Barcelona, 1995 (3ª ed.), p. 118.
7. "(...) al salir del mundo el hombre ha convertido el mundo en una cárcel". H. A. Murena, *Homo atomicus*, Sur, Buenos Aires, 1961, p. 17.
8. Jean Baudrillard, *La estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona, 1994 (4ª ed.), pp. 40-44.
9. Cfr. Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Valencia, 1999, § 34.
10. Toda la ambivalencia moral y política del terrorismo organizado se juega en esta extraña dialéctica, donde la violencia terrorista oscila entre ser un enemigo del sistema o un aliado profundo de él. Cfr. Jean Baudrillard, "El espíritu del terrorismo", *Microfisuras*, nº 16, Vigo, p. 143.
11. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1994 (13ª ed.), pp. 120-127.
12. La aventura espacial mantiene un fuerte nexo con un paroxismo del ideal de automatización, que en cierto modo supone la desaparición del hombre de carne y hueso del horizonte. Esto explicaría tanto el éxito de las "crónicas marcianas" del robot *Sojourner* como la desastrosa saga de la estación *Mir*, con sus sufridos proletarios cosmonautas. Las contrariedades de estos astronautas cansados y mal afeitados ilustran de maravilla el descrédito del hombre en este nuevo trabajo de altos rendimientos. De ser así, la perrita Laika, los monos y cobayas estarían a punto de ceder el puesto a una generación de "máquinas solteras". Por ejemplo, lanzadas justo hace veinte años, las sondas espaciales *Voyager 1* y *2* han recorrido ya casi diez mil millones de kilómetros a 60.000 km/h, cifras astronómicas que, sin embargo, no tienen ningún sentido para nosotros los terrestres. Justamente por eso fascinan.
13. Por ahora sólo accesible físicamente a una sofisticada elite de especialistas. Para demostrarlo, un primera generación mundial de multimillonarios está teniendo la oportunidad de ensayar el turismo espacial gastando parte de su inmensa fortuna.
14. "Ya no hay ateísmo verdadero. A causa de dos siglos de revolución industrial y científica, la eliminación del dios de la trascendencia y del monoteísmo ha conducido a la puesta en órbita de un dios-máquina, de un *deus ex machina*. Dios-máquina de la información, después de haber sido dios-máquina de la energía atómica. No podemos hacer como si fuéramos no creyentes. De ahora en adelante, tendremos que escoger un credo. O bien creemos en la tecnociencia -convirtiéndonos entonces en partidarios del integrismo técnico-, o bien creemos en el dios de la trascendencia. Pretender ser ateo es una ilusión. Los ateos, hoy en día, son, en realidad, los devotos del dios-máquina. Al lado de los integrismos místicos y de los dramas que provocan, está el drama del integrismo técnico ligado al *deus ex machina*". Paul Virilio, *El Ciber mundo, la política de lo peor*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 82-83.
15. Aunque la Ciudad de las Estrellas cerca de Moscú, igual que la estación orbital *Mir*, despida un cierto aire de monumento sideral, de ruina cósmica, a la manera de otro tipo de mausoleo como la Plaza Roja, lo cierto es que cumple para la actual Rusia, en la medida en que le quede alguna pretensión internacional, un objetivo político clave. El cosmismo, como dice Virilio, suple la caída del *comunismo*. Cfr. Paul Virilio, *La bomba informática*, Cátedra, Madrid, 1999, p. 90.
16. Aunque hay múltiples odiseas soviéticas, incluso anteriores (la magnífica *Solaris* de Tarkovski se nutre, en parte, de esa experiencia). Es conocida la de la estación *Mir*, tripulada por Tsibliyev, Lazutkin y Foale, que vivieron una angustia de horas junto con el Centro de Control de Moscú, cuando, el 25 de junio de 1997 estuvo a punto de volar en pedazos tras un choque que dañó su estructura.
17. "Bajo la presión de la publicidad, asistimos también a la formación de un nuevo talante bélico, una especie de Unión sagrada. De ahora en adelante, cada cual cree deber mantener un mismo discurso extraterrestre en el que, como en las nupcias de la carpa y del conejo, el materialista se casa con el teólogo, el científico se une al periodista, el abogado copula con el fascista, el capitalista con el socialista, el colono con el descolonizado (...) Desde la pandeSTRUCCIÓN del mundo anunciada por Bakunin (...) hasta los hurras delirantes de los futuristas europeos 'rompiendo los contactos con la tierra inmunda' (...) *la guerra de los mundos* está declarada desde hace tiempo y, más que en ninguna otra guerra, su primera víctima es la verdad (Kipling)". Paul Virilio, *La bomba informática*, op. cit., p. 101.

18. Martin Heidegger, *De camino al habla*, Serbal, Barcelona, 1990 (2ª ed.), p. 190.

19. A finales de la década de los cincuenta, Hannah Arendt ha hablado de una "doble huida" simétrica *de la tierra al espacio y del mundo al yo*. Hannah Arendt, *La condición humana*, op. cit., p. 18. Igualmente, Martin Heidegger, "La época de la imagen del mundo", *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995, p. 93.

20. H. A. Murena, *Homo atomicus*, op. cit., pp. 15-27.

21. La ex Unión Soviética, una vez terminada la guerra fría, parece haber comprendido mejor el carácter comercial, político y espectacular de la carrera espacial, poniendo la eficacia militar de sus naves Soyuz al servicio de una elite occidental de millonarios dispuestos a cumplir el extravagante sueño de alejarse un poco de la superficie terrestre. El dinero y las sonrisas occidentales y la eficacia militar soviética se alían en esta era postmoderna. Una vez terminada la guerra fría, la ventura es el escenario ideal de lucimiento para la guerra tibia de la comunidad internacional. La contribución japonesa, el brazo robótico de fabricación canadiense o la Agencia Europea del Espacio son una ocasión para que los países ricos exhiban su tecnología... y su renta per capita. Ciertamente, no todos los países pueden pagarse un astronauta (14,5 millones de euros), como España hará en un próximo vuelo-taxi con Pedro Duque, ni recoger el correspondiente "retorno" industrial o científico (¿de qué le valdría a Somalia?). Duque comenta de los vuelos de millonarios: "No se les puede despreciar, sencillamente en su vida han conseguido otros éxitos que les han permitido ir al espacio" (*El País*, 4 de mayo de 2002). En efecto, como si el éxito económico fuera ya una lanzadera espacial. Sin embargo, a la vista de que los turistas podrían representar una distracción del trabajo, Duque defiende que lo mejor sería hacer una estación espacial sólo para turistas, una vez que se desarrolle el correspondiente mercado.

22. "Al igual que los cosmonautas, mientras flotan en sus papeleras intersiderales, exclaman frente a las cámaras: 'the dream is alive!', los internautas pudieron considerarse cosmonautas. A lo mejor, como niños viejos en un cuento de hadas, pudieron franquear el espacio entre lo real y lo figurado, hasta el interfaz de una paraíso virtual. A lo mejor creyeron que la luz extraterrestre del cometa Hale Bopp era la que iluminaba una salida de emergencia, un 'exit' del mundo físico. Los treinta y nueve miembros de la cibersecta Puerta del cielo no han dejado en su suntuosa residencia del Rancho de Santa Fe más que sus despojos descompuestos, esos cuerpos que habían perdido la costumbre de utilizar". Paul Virilio, *La bomba informática*, op. cit., p. 51.

23. A veces se olvida que la propia "comunidad internacional", constituida por la opinión pública de los quince o veinte países más ricos de Occidente, no deja de ser una poderosa "secta" en el conjunto de los pueblos de la tierra.

24. Cfr. Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, Taurus, Madrid, 1970 (3ª ed.), pp. 35-37.

25. "No hay más allá del hombre. En este plano, el hombre es terminal (...) El hombre no es el centro del mundo, es el fin del mundo. No existe hombre mejorable (...) El fantasma del más allá de la Tierra es eliminarla; el fantasma del otro es eliminarlo en beneficio del ángel-máquina". Paul Virilio, *El Ciber mundo, la política de lo peor*, op. cit., p. 87.